

¡CATÓLICOS!

Hoy más que nunca la Iglesia necesita del amor y generosidad de sus hijos.

No seáis sordos al clamor dolorido de la Madre y acudid presurosos en su auxilio.

EL CRUZADO DE LA FE

ADMINISTRADOR

Don Cándido Ledesma Santos

Beneficiado Organista de la S. I. C.

DIRECTOR

Don Jesús Pereira Sánchez

Párroco de Sta. Marina

VICE-DIRECTOR

Don Saturnino Moro Palos

Beneficiado y Profesor del Seminario

Santo Evangelio**EN FAVOR DEL SEMINARIO**

13. En este mismo día dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén el espacio de sesenta estadios —14. Y conversaban entre sí de todas las cosas que habían acontecido. —15. Mientras así discurrían y conferenciaban recíprocamente, el mismo Jesús, juntándose con ellos, caminaba en su compañía. —16. Mas sus ojos estaban como deslumbrados, para que no le reconociesen. —17. Dijoles, pues: ¿Qué conversación es esa que, caminando, lleváis entre los dos, y por qué estais tan tristes? —18. Uno de ellos, llamado Cleofás, respondiendo, le dijo: ¿Tú solo eres tan extranjero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado en ella estos días? —19. Replicó él: ¿Qué? Lo de Jesús Nazareno, respondieron, el cual fué un profeta poderoso en obras y en palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo: —20. Y cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros jefes le entregaron a Pilato para que fuese condenado a muerte, y le han crucificado. —21. Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y, no obstante, después de todo esto he ahí que estamos ya en el tercer día después que acaecieron dichas cosas. —22. Bien es verdad que algunas mujeres de entre nosotros nos han sobresaltado, porque antes de ser de día fueron al sepulcro —23. Y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo haberseles aparecido unos ángeles los cuales les han asegurado que está vivo. —24. Con eso algunos de los nuestros han ido al sepulcro y hallado ser cierto lo que las mujeres dijeron; pero a Jesús no le han encontrado. —25. Entonces les dijo él: ¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron ya los profetas! —26. Pues qué, ¿por ventura no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas, y entrase así en su gloria? —27. Y empezando por Moisés, y discurriendo por todos los profetas, les interpretaba en todas las Escrituras los lugares que hablaban de él. —28. En esto llegaron cerca de la aldea adonde iban, y él hizo ademán de pasar adelante. —29. Mas le detuvieron por fuerza diciendo: Quédate con nosotros, porque ya es tarde y va ya el día de caída. Entró, pues, con ellos; —30. Y estando juntos en la mesa, tomó el

pan y le bendijo, y habiéndole partido, se lo dió —31. Con lo cual se les abrieron los ojos y le conocieron: mas él, de repente, desapareció de su vista. —32. Entonces se dijeron uno a otro: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino, y nos explicaba las Escrituras. —33. Y levantándose al punto, regresaron a Jerusalén, donde hallaron congregados a los once Apóstoles, y a los otros de su séquito —34. Y que decían: El Señor ha resucitado realmente, y se ha aparecido a Simón. —35. Ellos, por su parte, contaban lo que les había sucedido en el camino, y cómo le habían conocido al partir el pan —36. Mientras estaban hablando de estas cosas, se presentó Jesús, de repente, en medio de ellos, y les dijo: La paz será con vosotros. Soy yo: no temáis. —37. —Ellos, empero, atónitos y atemorizados, se imaginaban ver algún espíritu. —38. Y Jesús les dijo: ¿De qué os asustáis, y por qué dais lugar en vuestro corazón a tales pensamientos? —39. Mirad mis manos y mis pies: yo mismo soy: palpá y considerad que un espíritu no tiene carne ni hueso como vosotros veis que yo tengo. —40. Dicho esto, mostroles las manos y los pies

S. Lucas, cap. 24, vv. 13-40

Apostólico Don Narciso Martínez Izquierdo, uno de los Prelados más insignes de la Iglesia española contemporánea, honra la historia por otros títulos insignes de Ciudad Rodrigo.

Es el Seminario el corazón de la diócesis. Sin él no hay sacerdotes que ofrezcan la víctima divina, maestros que enseñen la ciencia de la salvación, ministros de los sacramentos que confieren la gracia, continuadores y realizadores de la obra redentora de Jesucristo en la que se fundan las virtudes públicas y privadas, el derecho, la autoridad, la paz social, la misma libertad y dignidad del hombre, como demuestran unidas la revelación y la historia.

Recordar estas ideas de mutua compenetración entre el Sacerdocio y el Seminario es siempre oportuno, porque, como decía el inmortal León XIII: «Hay cosas tan necesarias al bien de la Religión, que no basta indicárselas una sola vez; antes deben recordarse y recordarse insistentemente. A éstas pertenece sobre todo el cuidado de los Seminarios, de los que depende la suerte de la Iglesia».

Todos los católicos deben interesarse para que en el Seminario haya los medios exigidos por la Pedagogía y por la Higiene, y los maestros más aptos en virtud y en ciencia a fin de conseguir la formación completa de los jóvenes destinados al Sacerdocio. Pertenezcan, pues todos los fieles a la Obra de las Vocaciones eclesásticas, fundada por nuestro amantísimo Prelado en 19 de Febrero de 1935, con secciones parroquiales en todas las parroquias de la diócesis. En esta Obra encontrará fácilmente los modos de cumplir la obligación que tienen todos de ayudar o favorecer al Seminario.

TAREA URGENTE

Reconquista de la Parroquia

La anhelada liberación de los pueblos españoles, que hoy gimen bajo el signo comunista soportando el yugo esclavizante de las hordas, será sin duda uno de los objetivos de esta justa guerra o cruzada santa que habemos emprendido los verdaderos hijos de España.

Con la liberación nos vendrán los sabrosos frutos de la victoria: paz, armonía, justicia, pan y trabajo.

Factor imprescindible y colaborador eficaz de la robusta autoridad del Estado en todos los pueblos habrá de ser un hombre, que en anteriores épocas—descontada, desde luego, la de la nefasta República—pasaba en la sociedad obscurecido, preterido, despreciado y perseguido: el párroco. Y oficina necesaria de toda actividad social y todo progreso moral y cultural—aparte de la acción católica, según el fin institucional—tendrá que serlo forzosamente la parroquia.

Al hablar de la parroquia, entendemos no el mis-

mo templo, corazón de la feligresía, sino la grey de fieles sometida al cuidado y vigilancia del pastor, que atiende a sus necesidades espirituales.

Esta grey es la que ha de reconquistarse, que no el templo hundido o incendiado.

Muchos años antes de la presente revolución, la clase alta—salvo honrosas excepciones—estaba refiada ya con la parroquia; el cura, se veía privado de ciertas asistencias, y, por su humilde condición que no le permitía desahogos económicos para brillar en el pueblo era considerado como potencia inferior.

La clase media, embebida en sus continuas faenas, buscando el mayor y mejor porvenir—ansía avara—en el cultivo de sus campos o en el cuidado de sus industrias y ganados, venía haciendo muy poco caso de la autoridad espiritual del párroco.

La clase baja, como no percibía inmediata utilidad material de parte del pastor de almas, es decir, como no podía verse socorrida en sus perentorias necesidades y, además, palpaba el mal ejemplo social de las otras clases superiores, se desentendió definitivamente de la Iglesia.

En resumen, el cura predicaba en el vacío más espantoso y el templo se hallaba desierto la mayor parte del año.

Están a la vista las consecuencias. Todas las clases las han palpado ya, y en el papel de víctimas de las hordas revolucionarias poca diferencia les ha llevado el cura. La catástrofe moral, espiritual, social y económica a todos, altos y bajos, sin remisión ha alcanzado.

«De Dios nadie se ríe impunemente»

Será edificado el nuevo Estado en España, con todas las consecuencias.

Urge en el aspecto que nos ocupa, enmendar yerros pasados.

Toda veneración de los feligreses hacia el cura, ha de parecer pequeña, considerando que en la parroquia pocos varones como él están capacitados para ser receptáculos de secretos y misterios familiares, pocos como él poseen tan fina y educada sensibilidad para el dolor, la miseria y el sufrimiento, pocos como él gozan del don de discreción en el consejo, y nadie como él se halla investido de tan alta autoridad.

Labor obscura, paciente, imperceptible continua, amarga, la del párroco al frente de su feligresía. Temperamento de héroe, de hombre sacrificado de espíritu templado, tiene que ser el de un cura, pues obra tales milagros.

El pueblo que no cuente para su reconstrucción moral con la ayuda del sacerdote, sufrirá indefectiblemente, antes de terminar la obra, una derrota irreparable.

Los sacerdotes son hombres cultos, disciplinados, laboriosos y correctos. Y en el nuevo Estado católico, harán honor a sus proverbiales cualidades, rendirán

fruto a la Patria—a la que tanto aman—y serán provechosos instrumentos para la obra de regeneración social que va a acometerse, en beneficio de los españoles, aun de aquellos que moran en los más escondidos rincones del territorio nacional.

Difícilmente se logrará por las leyes, en pueblos rurales y pequeñas aldeas, en villas grandes y en ciudades populosas, lo que, de común acuerdo, no consigan el cura y las demás autoridades municipales.

Al párroco, pues, hay que devolverle su indiscutible prestancia, su rango de embajador de Cristo en la tierra.

De la dignificación del ministro de Dios dependerá en gran parte la prosperidad de los pueblos.

Esa será la manera de reconquistar la parroquia, cuyas nobles tareas y funciones fueron en tiempo olvidadas por muchos, con tanto quebranto espiritual y social.—ORLANDO.

Canto y Plegaria

A los gloriosos Obispos, mi querido tío don José Moro y demás sacerdotes asesinados por la bestia roja en España

Aqué! grito infernal de rebeldía
¡Muera en la cruz. Por rey no lo queremos!,
que contra Cristo levantara un día
la chusma ciega e impía,
han vuelto a pronunciar labios blasfemos,
han repetido con rugiente saña
sobre el solar de la bendita España
las hordas infernales.

Y mientras con alardes de bravura,
en pos de los eternos ideales,
del pueblo hispano la porción más pura
vierte por Dios su sangre generosa,
en lucha noble, recia y vigorosa,
allá en la España roja moscovita,
desatadas las furias del Averno,
¡Guerra a Dios!—la impiedad furiosa grita.
¡Guerra a la Iglesia!—declaró el gobierno.
¡Guerra a Dios y a la Iglesia!—con rugido
de hiena grita el pueblo enloquecido.

Y en son de guerra la impiedad atea
salió de la ciudad, llegó a la aldea,
corrió los campos, se internó en los montes,
traspasó las montañas y horizontes,
gritando con furor—¡Guerra a Dios, guerra!
¡Borremos su memoria de la tierra!

Vedla a la Bestia impía, rencorosa,
arrancar toda marca religiosa
de los pechos cristianos

Vedla, rapaz, robar con sucias manos
los sagrados tesoros. Vedla, odiosa,

reducir a pavesas las benditas
casas de Dios: soberbias catedrales,
templos grandiosos, plácidas ermitas,
monasterios de glorias ancestrales.

Mas con todo, insaciada
aún quedaba su rabia contra el Cielo.
Y elevando sangrienta su mirada,
contra el Eterno lanza desde el suelo
pena de muerte. Y con ardor rugiente
corre en busca de Cristo. Y prontamente
logra encontrar a Cristo, que amoroso
se ofrece a repetir hacia el Calvario
su via de dolor y bondadoso
por su España querida
verter su sangre y entregar su vida.

Obispos de Jaen, Quadix, Solsona,
Cuenca, Barbastro, Lérida, Almería,
Ciudad Real, Sigüenza y Tarragona;
Sacerdotes hermanos; Religiosos,
honra y prez de la hispana clerecía,
que a millares caisteis victoriosos
al vil zarpazo de la Bestia impía.

Erais Cristo.—En vosotros Cristo estaba,
Por eso con sañuda alevosía
la Bestia, el Anticristo, os perseguía,
y de escarnios y burlas os llenaba,
y a tormento cruel os condenaba,
y os dió la muerte como a Cristo un día.

Erais Cristo, gloriosos sacerdotes,
El os sacó de la cristiana masa
y os marcó con su selló esclarecido
y os confirió sus celestiales dotes
y os hizo los guardianes de su casa
y os ungió con el óleo bendecido
de su eterno y divino sacerdocio.

Erais Cristo y, cual Cristo, rebosantes
de amor y celo, sin descanso ni ocio,
corríais tras las almas, anhelantes
de darles pasto de verdad sincera
y de lavar sus lacras denigrantes
y restañar piadosas sus heridas
y llevarlas por sendas conocidas
a gozar de la vida verdadera.

Erais Cristo y, a Cristo siempre fieles,
también vosotros con la cruz cargasteis,
la cruz del sacrificio y de las hieles,
del dolor, de la afrenta y del desprecio.

Y como Cristo, el cáliz aceptasteis,
que a vuestros labios puso el vulgo necio,
la turba ingrata y vil, a quien colmasteis
de amor, de beneficios y ternuras.

Y como Cristo, la traición sufristeis
de falaces amigos,
que os vendieron a vuestros enemigos.

Y como Cristo, en vuestras almas puras
el salivazo inmundo recibisteis
del insulto soez, la chanza obscena.

Y como Cristo, en vuestra faz serena
sufrió de mano vil el golpe rudo.

Y como Cristo, mansos, silenciosos,
ofrecisteis el cuello generosos
al cuchillo sacrilego y sañudo,
inmolando preciosa vuestra vida,
en sacrificio de expiación cumplida
por las culpas de malos españoles,
en holocausto de oración ferviente
por la España, que hoy torna sonriente,
aureolada de dulces arreboles,
a los brazos de Dios bueno y clemente.

Prelados, Sacerdotes, Religiosos,
que en vuestra vida a Cristo siempre fieles
merecisteis, felices y dichosos,
con El beber el cáliz de las hieles
de su pasión, su muerte, su martirio.

Sacerdotes, hermanos venerables,
que la dicha tuvisteis venturosa
de Seguir a Jesús hasta el Calvario
y juntar vuestra sangre fructuosa
a la sangre divina del Cordero,
para lavar el crimen negro y vario
de un pueblo ingrato, que marcó su frente
con el estigma desdorante y fiero
del ateísmo y la impiedad rugiente.

Yo os tengo envidia, mártires sagrados.
Yo os contemplo en el Cielo, coronados
con la diadema hermosa y refulgente
de los héroes de Cristo, tunicados
con la veste purpúrea de las almas
inmoladas en aras del Esposo
y empuñando por cetro victorioso
de eterno triunfo esplendorosas palmas.

¡Gloria a vosotros, gloria sempiterna!
Hoy de la España desde el bajo suelo,
empapado de sangre fratricida,
un canto de loor y gloria eterna
sube hasta el trono, que en el alto Cielo
llenais por recompensa merecida;
un himno de alabanza, que del fondo
de nuestros pechos sube a la garganta,
para cantar con el sentir más hondo
vuestro triunfo tan alto y gloria tanta.

Pero también se eleva fervorosa
esta plegaria cálida y doliente:

Tended una mirada bondadosa,
una mirada de piedad clemente
sobre esta vuestra España, que hoy se agita
en guerra cruel, en lucha desangrante
contra la Bestia roja moscovita,
que intenta someterla al infamante
yugo de la impiedad, el ateísmo,
el impudor, el crimen, la vileza,
el hambre, la miseria, la pobreza,
el deshonor, el odio, el salvajismo...

Miradla, por piedad, con el fogoso

y dulce amor, con que por ella disteis
vuestra vida. La sangre, que vertisteis
en las horas de vuestro triunfo honroso,
ofrecedsela a Dios, de El implorando
su bendición sobre la noble España,
para que venza en esta gran campaña,
para que logre el triunfo no tardando,
y vuelva a ser la España venturosa,
la España grande, justa y religiosa,
morada de la paz, templo grandioso,
de norte a sur, de oriente a occidente,
donde se adora a Dios y Cristo asiente
su trono inderrocable, trono hermoso,
para reinar por siempre, eternamente,
sobre la nueva España que hoy le jura,
por el dolor con la conciencia pura,
fidelidad y amor inquebrantable,
sumisión y obediencia perdurable.

César Moro.

Miscelanea

SOFISMAS ANTICATÓLICOS

A medida que se perfecciona el anteojito se perfecciona la visión: luego el anteojito ve.—A medida que se perfeccionan los órganos del cuerpo se ejercen mejor las funciones del alma: luego la materia quiere, piensa, siente.

El carbonero no se puede explicar las manifestaciones de la ciencia de Humboldt: luego Humboldt no es sabio.—El incrédulo no se puede explicar las manifestaciones de la justicia de Dios: luego Dios no es justo.

Es evidente que el hombre no nació para vivir en la mar luego no debe haber marineros.—Es evidente que el hombre no nació para el celibato, para el aislamiento: luego no debe haber clérigos, ni frailes ni monjas —Ricardo Carrasquilla.

EL ROSARIO

EN FAMILIA O EN EL TEMPLO

Hay algo de solemne en ese sonido dulce y monótono, con el que la palabra, sin pasión, sin modulaciones terrestres, se alza al cielo, como lo hace el humo del incienso sobre el altar, suave, sin color y sin ímpetu, como impulsados por la atracción del cielo. Algo que conmueve hondamente hay en esas palabras mil veces repetidas porque mil veces son sentidas; en esos rezos, en que se unen millones de corazones al pie del trono de Dios; en esos rezos, que son tradición verbal no interrumpida de Jesucristo y de sus apóstoles, que han santificado las almas de mil generaciones; en esos rezos tan perfectos y cumplidos, que en vano querrían perfeccionarlos todos los adelantos y todas las ilustraciones del espíritu humano.